

En vano quiso escudriñar con su mirada el interior de aquella caverna, pues los débiles rayos de la luna no se atrevían á penetrar en ella.

—Ohé! gritó Roland, una luz! una luz!

Nadie le contestó: el único ruido que se oía era el murmullo del arroyo corriendo á tres pasos de él.

Persuadido de que era allí imposible toda ulterior pesquisa, salió de la zanja, y sacando un frasquito de pólvora y dos balas que guardaba envueltas en un papel, volvió á cargar las pistolas.

Retrocedió en seguida por el mismo camino, atravesando el oscuro corredor á cuyo extremo estaba el espacioso refectorio, volviendo á ocupar el mismo puesto que habia dejado para perseguir al espectro.

Cruzados los brazos sobre la mesa, esperó.

Mas las horas de la noche iban trascurriendo sucesivamente hasta encontrar la luz del crepúsculo, que permitia ya distinguir las paredes del claustro.

—Vamos, murmuró Roland, por esta noche todo ha concluido; quizás seré mas afortunado en mi segunda visita.

Veinte minutos despues, entraba en el castillo de Fuentes-Negras.

II.

Distracciones de provincia.

Dos personas aguardaban la llegada de Roland; la una con angustia, con impaciencia la otra.

Fácil es adivinarlas: Amelia y sir John.

Ni una ni otra habian cerrado los ojos en toda la noche.

Amelia no manifestó su angustia mas que por el ruido de la puerta que se cerró al momento que subia Roland la escalera. Oyó Roland aquel ruido, y adivinando la causa, no quiso pasar á dos pasos de su hermana sin tranquilizarla.

—Soy yo, Amelia! nada de nuevo! la dijo.

Cuán léjos estaba de sospechar que su hermana temiese por otra persona! Lanzóse Amelia fuera del cuarto, cual si acabase de dejar la cama.

Por su palidez, empero, y por aquel círculo que al rededor de los ojos indica claramente el insomnio, era fácil conocer que habia pasado toda la noche en vela.

—Qué te ha sucedido, Roland? preguntó abrazando á su hermano con la mayor inquietud.—Nada.—Ni á tí ni á otra persona?—Ni á mí, ni á otra persona.—Nada has visto?—No digo esto, contestó Roland.—Qué has visto pues? Dios mio!—Despues te lo contaré; bástate por ahora saber que no hay que lamentar muerte alguna.—Ah! ya respiro.—Ahora

te daré un buen consejo, hermana; acuéstate y duerme, si te es posible, hasta la hora del almuerzo. Yo voy hacer otro tanto, y á fe que no será necesario mecirme para conciliar el sueño; buenas noches, ó mejor buenos dias.

Abrazó tiernamente Roland á su hermana, y silbando con indiferencia una tocata de caza, subió la escalera del segundo piso.

Sin John le estaba aguardando en el corredor.

Al ver al jóven, corrió hácia él.

—Qué tal, le preguntó.—Algo he visto.—Algun fantasma?—A lo menos, algo que se le parecia.—Contádmelo.—Sí, pues presumo que os seria imposible dormir sin saberlo; hé aquí en dos palabras lo que ha ocurrido.

Y Roland hizo una exacta y circunstanciada relacion de cuanto le habia pasado en la Cartuja.

—Bravo! dijo sir John, luego que hubo Roland concluido su relato; confio que lo habreis dejado todo para mí.—Efectivamente, contestó Roland, temo haberos dejado lo peor.

Y como sir John insistia haciéndose repetir cada uno de los pormenores, y preguntando sobre las circunstancias del lugar:

—Oid, dijo Roland, hoy, despues del almuerzo, iremos á la Cartuja, lo cual no os impedirá volver por la noche; antes bien, la visita de esta mañana servirá para estudiar el terreno. Lo único que os encargo, es que nadie lo sepa.—Oh! contestó sir John, tan poco reservado me creeis?—No, dijo Ro-

land riendo, no es que seais vos poco reservado, milord; sino yo que soy un pusilánime.

Despidióse y entró en su cuarto.

Despues del almuerzo, salieron efectivamente los dos, como para dar un paseo á orillas del Ressousse; mas doblando á la izquierda, apenas andados cuatrocientos pasos, salieron á la carretera, y despues de haber atravesado el bosque, encontráronse al pié de las paredes de la Cartuja, en el mismo punto por donde habia Roland escalado la noche anterior.

—Este es el camino, milord, dijo Roland.—Sigámoslo pues, contestó sir John.

Y con una fuerza y agilidad admirables, que revelaban una gran práctica en los ejercicios gimnásticos, saltó sir John al otro lado de la pared.

Siguióle Roland con la ligereza y desembarazo de un hombre no menos acostumbrado á tales empresas.

Al hallarse ambos en la parte interior, pudo observar Roland que el abandono era mucho mayor aun de lo que le habia parecido la víspera.

La yerba, que habia crecido extraordinariamente, les llegaba hasta las rodillas; las uvas no podian madurar por presentar el follaje una barrera impenetrable á los rayos del sol; por todas partes trepaba la yedra, este parásito, mejor que amigo, de las ruinas.

Los ciruelos y demás árboles frutales habian extendido sus ramas con la misma libertad que los robles y las encinas

del bosque, cuya elevacion y frondosidad parecian envidiar; y la sávia, perdida casi por completo en la nutricion de retoños múltiples y vigorosos, daba rarísimos y diminutos frutos.

Dos ó tres veces, por el movimiento de la yerba que á su aproximacion se agitaba, adivinaron que la culebra, este huésped de la soledad, habia establecido allí su domicilio, y huía con extrañeza al ver que se lo destruian. Condujo Roland á su amigo directamente á la puerta que desde el huerto comunicaba con el convento; pero dirigiendo antes de entrar una mirada al reloj, vió que de día estaba parado.

Desde el claustro pasaron al refectorio, donde la claridad del dia presentaba bajo su verdadero punto de vista los objetos que la oscuridad de la noche revestia de formas fantásticas.

Enseñó Roland á sir John el banquillo donde habia permanecido sentado, las señales que habian dejado en la mesa las culatas de las pistolas, y la puerta por donde habia entrado la sombra ó aparicion.

Recorrieron con el inglés el mismo camino por el cual habia él perseguido al fantasma; persuadiéndose con este nuevo exámen de que los obstáculos que le impedian el paso, si bien muy fáciles de vencer á la luz del dia, eran poco menos que insuperables para quien no hubiese de antemano reconocido el terreno.

Llegados al sitio donde habia disparado, pudo al fin ha-

llar los tacós; pero fueron inútiles todas sus diligencias para encontrar las balas.

Atendida la disposicion del corredor, era sin embargo imposible, toda vez que no habian dejado señal alguna en las paredes, que no hubiesen ido directamente á clavarse en el cuerpo del espectro.

Y no obstante, si así habia sucedido, y era en realidad un cuerpo viviente, ¿cómo se explicaba que hubiese salido ileso? Cómo podia concebirse no hubiese sido á lo menos herido? y si lo habia sido, cómo no se observaba rastro ni aun gota de sangre en todo el trecho que habia seguido andando?

A pesar de todo, no se descubria causa, ni efecto: balas, ni sangre.

Empezaba á sospechar lord Tanlay si su amigo se las habria habido con un verdadero espectro.

—Esto es que han venido despues á recoger las balas, dijo Roland.—Pero si habeis disparado á tan corta distancia sobre un hombre, cómo no le ha herido la bala?—Oh! es muy sencillo; porque el tal hombre llevaba una cota de malla debajo del sudario.

No hay duda que esto era posible; no obstante, sir John movió la cabeza en señal de duda; como se hallaba mas dispuesto á admitir un acontecimiento sobrenatural, esta explicacion le parecia poco satisfactoria.

Continuaron ambos sus investigaciones.

Llegados al extremo del corredor, salieron al otro lado del huerto.

Allí era donde Roland había vuelto á descubrir el espectro, despues de haber desaparecido por un instante bajo la oscura bóveda.

Encaminóse directamente á la cisterna, cual si persiguiese aun al fantasma; tanta era su precipitacion.

Comprendió entonces cuán oscuro hubo de parecerle dicho sitio de noche, mucho mas atendida la falta de todo reflejo exterior; apenas se veia en él en medio del dia.

Sacó Roland dos antorchas, de que se habia provisto, y colocando sobre un pedernal un trozo de yesca, prendióle fuego con un eslabon, viéndose luego arder una pajuela.

Con ella encendió las dos antorchas.

Proponíase descubrir por donde habia podido escaparle el fantasma.

Bajaron Roland y sir John las antorchas hasta el fondo de la cisterna; el pavimento se componia de gruesos adoquines, que se presentaban perfectamente unidos, sin dejar hueco alguno entre ellos.

Separaron una gran piedra que habia en el suelo, descubriendo un anillo de hierro fijo en uno de los adoquines.

Sin proferir una palabra, pasó Roland su mano por dentro del anillo, é inclinándose, tiró hácia arriba con toda su fuerza.

Levantóse el adquin con una facilidad que indicaba la frecuencia con que se le obligaba á cambiar de posicion.

Presentóse entonces á su vista la boca de un largo subterráneo.

—Ah! dijo Roland, por fin hemos encontrado el camino de mi espectro.

Introdujose resueltamente en el subterráneo, seguido de sir John.

Fueron siguiendo el mismo camino que hemos visto anduvo Morgan cuando vino á dar cuenta de su expedicion; al extremo del subterráneo, encontraron la reja que cerraba el paso á las sepulturas.

Empujó Roland la reja, que se abrió al instante.

Atravesaron el cementerio subterráneo, á cuya salida presentóseles otra la reja, que como la primera, estaba tambien abierta.

Subieron algunas gradas, llevando siempre Roland la delantera, y se encontraron en el coro, donde habia tenido lugar la escena que hemos referido entre Morgan y los compañeros de Jehú.

Unicamente estaban desocupadas las sillas, permanecia solitario el coro, y en el altar, descuidado por el abandono del culto, no se veian arder los cirios, ni blanquear los sagrados manteles.

Era para Roland evidente que allí se habia detenido el supuesto fantasma, que sir John se empeñaba en considerar verdadero.

Pero cualquiera que fuese el concepto que sobre él for-

masen, hubo de reconocer sir John que aquel había sido en efecto el término de su excursión nocturna.

Mantúvose un momento pensativo, y luego dijo:—

—Ya que á mí me toca, dijo, vigilar esta noche, y he de elegir el sitio donde he de situarme me situaré allí.

Y señaló una especie de pedestal, levantado en medio del coro, destinado en otro tiempo á sostener el facistol.

—En efecto, dijo Roland con la misma indiferencia que si de él mismo se hubiese tratado, no estareis mal allí; pero, como podría muy bien suceder que esta noche encontraseis la entrada obstruida y cerradas las rejas, es menester que busquemos por donde introduciros directamente en vuestro puesto.

Al cabo de cinco minutos habían encontrado lo que deseaban.

Veíase en uno de los ángulos del coro la puerta de la antigua sacristía, en la cual había una ventana que daba al bosque.

Salieron ambos por la ventana, encontrándose en lo más inaccesible de la espesura, precisamente á veinte pasos del sitio donde habían muerto el jabalí.

—Ya estamos enterados, dijo Roland; únicamente, querido lord, como de noche os sería harto difícil penetrar hasta este sitio, que no es muy fácil encontrar de día, vendré á acompañaros hasta aquí.—Bueno, pero una vez haya entrado, os retirareis, contestó el inglés; tengo muy presente lo que

me dijisteis sobre la susceptibilidad de los fantasmas: si estuviereis vos á poca distancia, tal vez se negarian á presentarse, y ya que habeis visto vos una, quiero yo á lo menos ver otra.—No tengais cuidado, contestó Roland, me retiraré; pero, añadió riendo, me queda un escrúpulo.—Cuál?—Que, atendida vuestra doble calidad de inglés y hereje, temo os han de tratar muy mal.—Oh! dijo gravemente sir John, lástima no me quede tiempo hasta la noche para abjurar!

Habiendo visto cuanto se proponían ver, volvieron los dos amigos al castillo.

Nadie, ni aun Amelia, había sospechado en su salida otra cosa que un paseo ordinario.

Pasóse por consiguiente el día, que se hallaba muy adelantado cuando regresaron al castillo, sin cosa digna de especial mención.

Tratóse en la mesa, con inexplicable satisfacción de Eduardo, de organizar una nueva cacería.

Tal fué el tema de la conversación durante la comida y la mayor parte de la velada.

A las diez habíase cada cual retirado, como los demás días, á su cuarto, á excepcion de Roland que se hallaba en el de sir John.

En los preparativos notábase muy bien la diferencia de sus respectivos caracteres: Roland había hecho los suyos con alegría, cual si se tratara de un objeto de pura diversion; sir John se preparaba con gravedad, cual si debiera comparecer á un duelo.

Cargó el inglés las pistolas con el mayor cuidado, colocándose las en el cinto, y en lugar de la capa que podía embarazar sus movimientos, vistióse un ancho redingote encima de la levita.

Salieron ambos á las diez y media, con las mismas precauciones que habia tomado Roland cuando fué solo.

A las once menos cinco minutos se hallaban ya al pié de la ventana, á la cual era muy fácil trepar con el auxilio de algunas piedras caídas de la pared en la parte exterior.

Allí debían, segun lo pactado, separarse.

Recordó sir John á Roland lo convenido.

—Sí, dijo el jóven, conmigo, milord, lo dicho, dicho; tan solo me permitireis una advertencia.—Cuál?—No he podido encontrar las balas, porque han venido á recogerlas, y han venido á recogerlas sin duda, para que no viese las señales que presentaban.—Y qué señales creéis podían presentar?—Las del tejido de una cota de malla, porque no hay duda que mi hombre la traía puesta.—Mejor, dijo sir John, ya me gusta mas el fantasma.

Después de un momento de silencio, durante el que dió á conocer el inglés con un suspiro su temor de no ver el espectro:

—Y vuestra advertencia? le dijo.—Apuntad á la cabeza.

Hizo el inglés una señal de asentimiento, y apretando la mano al jóven oficial, escaló la pared, desapareciendo en el interior de la sacristía.

— Buenas noches! gritó Roland.

Y con aquel desprecio del peligro, que manifiesta generalmente un soldado, tanto por lo que á él toca, como por lo referente á sus compañeros, tomó Roland, segun lo habia prometido á sir John, el camino de Fuentes-Negras.

III.

El Juicio.

Al dia siguiente, Roland, que no habia podido conciliar el sueño hasta las dos de la madrugada, se despertó á las siete.

Coordinando sus confusas ideas, trajo á la memoria todo lo que habia tenido lugar la víspera, extrañando que sir John no hubiese ido ya á despertarle. Vistióse prontamente, dirigiéndose al cuarto de sir John, sin reparar en que iba quizás á interrumpirle el sueño, apenas conciliado.

Llamó á la puerta, pero sir John no contestó: llamó mas rúcio, mas continuó el mismo silencio.

Sintió entonces alguna inquietud, en medio de su natural curiosidad.

Estaba la llave en la parte exterior; empujó el jóven la puerta, abarcando con su mirada todo el cuarto.